

TORMENTAS Y CERDITOS: LA INDIFERENCIA DE PIRRÓN DE ÉLIDE.

RESEÑA CRÍTICA DEL LIBRO *LAS PALABRAS NO ESCRITAS* DE MARÍA FERNANDA TORIBIO GUTIÉRREZ*

Noé Epifanio Julián**

¿Qué sentido tiene reconstruir escriturariamente la vida filosófica de Pirrón de Élide, si él mismo —exceptuando una *Oda a Alejandro Magno* prontamente destruida— se inclinó a vivir de manera ágrafa? ¿De dónde nos viene la manía de biografiar a nuestros prójimos, especialmente a los griegos antiguos? ¿Por qué, en lugar de vivir como Sócrates, Diógenes de Sinope o Pirrón de Élide —citando los casos más pintorescos y recalcitrantes—, nos conformamos con retratar sus vidas asombrosas y extravagantes? Exaltar la conducta de alguien en modo alguno significa vivir como él. Desde esa perspectiva, ¿qué valor tiene ensalzar a los hombres virtuosos si no estamos dispuestos a imitarlos? Nuestros héroes filosóficos no precisan de elogios: un elogio cifra el límite que nos recuerda no estar a la altura de sus exigencias vitales, porque, de estarlo, no necesitaríamos admirar en ellos lo que ya encontramos en nosotros.

Intentaré abordar estos temas provocadores a partir de la lectura del libro de María Fernanda Toribio Gutiérrez, titulado *Las palabras no escritas. Pirrón de Élide*,¹ recordando que, una vez publicado, un texto deja de pertenecerle a su autor y empieza a defenderse solo, pues —exceptuando las presentaciones— un libro siempre quedará a merced de los intereses y del bagaje cultural e intelectual de sus lectores, y, en virtud de la habilidad o impericia de estos para extraer sus enseñanzas, las palabras escritas cumplen el curioso destino de servir como sedantes o reactivadores del pensamiento. Sólo adelanto esta perogrullada: el libro de María Fernanda dice muchísimo más de lo que yo pueda reseñar en tan pocas líneas; por eso los invito a no conformarse con mi breve exposición y se arriesguen a leerlo, pues no olvidemos que, por más avances

* Una versión previa de esta reseña fue presentada en el Tercer Coloquio Internacional Multidisciplinario sobre Estudios griegos: *Filosofía y poesía*. Cuestiones de la palabra y la acción, el 21 de junio de 2024.

** Noé Epifanio Julián es Licenciado en Filosofía, con los grados de maestro y doctor en Humanidades: Filosofía contemporánea por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMÉX), con investigaciones sobre Lucrecio, Nietzsche y Agustín García Calvo. Ha publicado artículos en revistas digitales como “Jean-Marc Mandosio contra Michel Foucault”, “Albert Cossery, ¿un egipcio burlón?”, “Jean-Manuel Roubineau: biógrafo de Diógenes de Sinope” y “¿Es la política un relato de ciencia ficción?”. Contribuyó en los volúmenes *Filosofía de la polis* (2023), *Pensar y reír con los griegos y sin ellos* (2024) y *Cinco maestros del pensamiento* (2026). Traductor de *Diógenes o del placer solitario* (2012), es también autor del poemario *Pseudo Catulo. Inéditos a Lesbía* (2025).

¹ María Fernanda Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas. Pirrón de Élide* (México: Sb editorial / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022).

tecnológicos, el único método de saber verdaderamente lo que dice un libro entero sigue siendo el anticuado arte de la lectura. Espero que, cuando menos, mis palabras sirvan de señuelo a este fin.

Como es habitual en las investigaciones serias sobre los filósofos antiguos, desde sus primeras páginas la autora refiere las fuentes y los problemas textuales y de interpretación de la doxografía sobre el oriundo de Élida. Ahí descubrimos los nombres y las referencias de las fuentes antiguas, entre algunos de sus comentaristas —más o menos arcaicos y otros contemporáneos—, cuyos textos han servido para bifurcar los intereses del pensamiento de Pirrón de Élida entre la metafísica y la epistemología. Sin embargo, María Fernanda cuestionará desde su introducción ambas tendencias, señalando, a manera de hipótesis, que Pirrón, eludiendo las averiguaciones metafísicas y epistemológicas, se interesará específicamente en entender la filosofía como una forma de vida, confirmando los famosos trabajos de Pierre Hadot del siglo pasado (ligando la experiencia filosófica de la *askêsis* con la *ataraxia*),² o, por citar los propios términos de la autora: “¿Qué pasaría si invertimos la ecuación y en vez de pensar que desde la metafísica y la epistemología accedemos a la felicidad, pensamos que es justamente volviendo a la una y a la otra tareas inútiles, tareas indiferentes, que la felicidad sucede?”.³

Semejante pregunta no tiene nada de retórica; incluso su aparente disfraz hipotético la convierte en una afirmación bastante arriesgada, lo cual me permitirá abrir una pequeña vía de meditación. ¿Qué es lo que, por un momento, irrumpe en la pregunta de María Fernanda, independientemente de escudarse tras lo que ella llama el “fantasma” o el “espectro” de Pirrón?⁴ De primeras, la inutilidad o la banalidad de la epistemología y de la metafísica para acceder a la felicidad, que, ciertamente, para cualquier lego podría representar muy poca cosa; sin embargo, para los estudiosos de la filosofía, anular abruptamente y de un solo golpe ambas disciplinas representará algo parecido a una conmoción o un cataclismo, pues ¿qué clase de filosofía es esa que empieza por darle la espalda a las teorías del conocimiento y los fundamentos de las cosas o de la realidad? Y, segundo, ¿qué es lo que sustenta, a partir de semejante indiferencia, que la felicidad *suceda*, pues de ninguna manera defiende que la felicidad sea algo que se alcance, sino que lo subraya como algo que le pasa o, en cualquier caso, le pasó a Pirrón de Élida? En ese sentido, podemos cuestionarle a la autora: ¿la felicidad es el acontecimiento resultante de la renuncia al conocimiento? O bien, ¿el conocimiento es un estorbo para que la felicidad *suceda*? De resultar esto último, ¿por qué es imposible sostener que todos los ignorantes sean felices? Dejemos abierta la pregunta porque, en contrapartida, tampoco parece evidente que la felicidad se alcance mediante la sabiduría, pues, para defenderlo, primero tendría uno que declararse sabio y dichoso de serlo. Y bueno, ese no es nuestro caso. Pero, ¿qué pasa con Pirrón de Élida?, le preguntamos al texto de María Fernanda Toribio Gutiérrez, y éste nos responde, parafraseando su página 12: la filosofía de Pirrón es un “ejercicio espiritual” o una propuesta moral práctica, separada de la epistemología y de la metafísica, rayano en un desprecio antropológico de corte nihilista, cuya “indiferencia” desemboca en lo que los antiguos llamaban *ataraxia*. Así que, desde el escepticismo de corte pirrónico, la serenidad del espíritu es

² Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 22.

³ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 12.

⁴ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 7.

resultante de la indiferencia. Un señalamiento que repite en la página 31, afirmando que “la filosofía de Pirrón puede ser entendida como una pura forma de vivir y que esta preocupación básica, directriz de todo su pensamiento, no surge como en otros casos de una propuesta teórico-doctrinal, sino, justamente, de su rechazo hacia la misma”,⁵ lo cual no podrá menos que desembocar en la necesidad de establecer un parangón de comportamientos entre Pirrón y Diógenes de Sinope,⁶ en razón de su aversión conjunta a cualquier clase de especulación filosófica que no confluyera en su práctica cotidiana.

A pesar de lo cual, cuatro páginas después, aunque sin nombrar explícitamente a Epicuro sobre este asunto (pero sí más adelante abordando otro tema), y citando unos famosos versos de las *Imágenes* de Timón de Fliunte, la autora se referirá a Pirrón con los mismos términos que el filósofo de Samos caracterizaba al sabio que seguía sus preceptos inscritos en la *Carta a Meneceo*, pues María Fernanda dice: “Timón describe a su maestro viviendo entre mortales, pero a la manera de un dios”,⁷ mientras que la misiva parenética a Meneceo se despide con estos términos: “Estas cosas, pues, y las emparentadas con ellas, medítalas de día y de noche contigo mismo y con tu semejante, y nunca, ni despierto ni durmiendo, sufrirás desasosiego alguno. Vivirás como un dios entre los hombres; pues en nada se parece a un viviente mortal el hombre que vive entre bienes inmortales”.⁸ Tales referencias no pueden menos que desencadenar una meditación sobre la *ataraxia*, pues su consecución es prácticamente opuesta, ya que en Pirrón se alcanzaría renunciando al conocimiento, mientras que en Epicuro, paradójicamente, mediante una ciencia heterodoxa, si la confrontamos con la física y la metafísica aristotélicas. Sin embargo, la comparación entre la *ataraxia* escéptica y la epicúrea se complicaría en virtud de la crítica que Pirrón hace al filósofo del Jardín, considerándolo como un vientre voraz e insaciable, un puerco o un perro de dudoso linaje y magisterio ampuloso.⁹

Llegados a este punto, no podemos sino preguntarnos por el origen de la indiferencia pirrónica en cuanto vía de acceso a la felicidad. Para lo cual echaremos mano del capítulo segundo del texto de María Fernanda, donde aborda la referencia al libro *Sobre la filosofía* de Aristocles de Mesina, vía Eusebio de Cesárea, y que constituye lo que, a su parecer, representa el testimonio más importante sobre la vida de Pirrón de Élida, sin desatender, desde luego, cierta referencia a eso que denominó su “doctrina”.¹⁰ Sí, he citado bien el término “doctrina” en Pirrón de Élida, lo cual merece otra pequeña digresión, pues, a primera vista, parecería incompatible que el escepticismo de corte pirrónico o pirroniano cuente con una *doctrina*; efectivamente, tal supuesto no puede menos que desembocar en una paradoja ineludible. Sin embargo, la autora no rehúye el problema, sino que lo encara recurriendo a una formulación de Giovanni Reale, citado por Giannantoni, quien consideró a Pirrón de Élida como un “Jano intelectual” o el “hermabifronte” de la filosofía.¹¹ Estos son los términos exactos de la autora: “un primer rostro, en el que Pirrón apunta su mirada dogmáticamente

⁵ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 31.

⁶ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 34.

⁷ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 38.

⁸ Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, trad. Luis-Andrés Bredlow (Zamora: Lucina, 2010), 401.

⁹ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 41.

¹⁰ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 12.

¹¹ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 43.

hacia el bien supremo, la suprema virtud y lo divino; y un segundo, en el que mira escépticamente hacia un no-lugar de razonamientos encontrados, razonamientos de igual valía y fuerza de persuasión, un Pirrón *zetético* que busca la verdad sin encontrarla y que, en el anonimato de la pregunta, suspende el juicio”.¹²

La apuesta de María Fernanda se inclina sobre este segundo rostro de Jano-Pirrón o de Pirrón-Jano, pues la serenidad del filósofo de Élida resultaría de mostrar una absoluta indiferencia respecto al conocimiento de la naturaleza de las cosas; sin embargo, esto no desemboca en una inactividad ni corpórea ni intelectual, entendida como una renuncia a vivir, lo cual sería una interpretación bastante superficial del escepticismo pirrónico. En lugar de ello, la autora defenderá un entrenamiento filosófico o *askèsis* consistente en el rechazo de la búsqueda de la verdad, añadiendo que dicho entrenamiento está fundamentado por razones morales-prácticas más que epistemológicas u ontológicas, y volviendo a parangonar a Pirrón de Élida con Diógenes de Sinope, en el sentido de que ambos estaban hastiados de la verborrea excesiva de los filósofos en un mundo que les reclamaba más acción, y que, en lugar de ensalzar el bien, pedían un ejemplo de la virtud encarnada en un hombre de bien, con el cual, al cruzar por la calle, pudieran cuestionarle sobre la vía filosófica que les permitió alcanzar la felicidad.¹³

Pero antes de comentar el capítulo segundo que prometí líneas arriba, no puedo obviar el cierre del primero, porque justamente ahí la autora lanza una aseveración que, de alguna manera, sostiene el título de su libro y que, para entenderlo, debiéramos cuestionar: ¿a qué refieren *las palabras no escritas*? Ya desde la página 13 insinuó que se refieren a la vida de Pirrón, pero, por extensión, añadiríamos que se refieren también a la vida de cualquiera y, por lo tanto, a la vida misma: eso que no se puede cifrar ni siquiera en la frase “la vida misma”, lo incognoscible, el misterio, el enigma, eso que somos incapaces de asir mediante las palabras, o el propósito ambiguo al que nos arrojó Pirrón, en términos de la autora: “(el propósito) de lanzarnos al ruedo de lo que no debiera ser descifrado con el solo pensamiento, sino vivido; de lo que no nació para quedarse en la palabra escrita, de lo que no nació buscando *ser*”.¹⁴ Sin embargo, las palabras siempre buscan su límite, como las polillas atolondradas que, encandiladas por la luz, sucumben calcinadas, pero incapaces de describir la experiencia de tal deslumbramiento. Con esta insinuación de los límites de lo decible, pasamos a referir el segundo capítulo.

Del mismo modo que Sócrates, y de no ser por los doxógrafos y seguidores que sí se atrevieron a escribir lo que él dijo y relatar la manera en que condujo su vida, de Pirrón tampoco sabríamos gran cosa. Ciertamente, resulta bastante complejo cribar las fuentes para abordar la vida y obra del escéptico de Élida, pero, de algún modo, ese trabajo ya lo abordó y nos lo ahorró María Fernanda entre sus páginas 55-67; así que me limitaré a retomar su conclusión plasmada en la página 68, toda vez que ahí sostiene:

[M]e parece que un modo inicial de entrar en la discusión sobre su sentido y estatus es justamente el de preguntarnos a qué grupo pertenece la filosofía de Pirrón, o más bien, el de preguntarnos si acaso pertenece a alguno de estos grupos. Si podemos acusarlo de prescribir una visión metafísica y ontológicamente torcida de

¹² Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 43.

¹³ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 53.

¹⁴ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 54.

lo real (de las cosas –*πράγματα*– en cuanto reales) o si, en cambio, puede ser llevado a juicio al modo de Protágoras, por su necesidad: si es un hombre equivocado, pero aún bondadoso, o si es un “vegetal” con el que hablar no resulta siquiera pertinente. Puede ser incluso que en el camino nos demos cuenta de que no se trata de ninguna de las dos y que existe otra forma de convertirse en *adversario*.¹⁵

Tras lo cual, María Fernanda traza el itinerario de su exposición para alcanzar su objetivo. En primer lugar, advierte las dificultades para traducir el fragmento de Aristocles de Mesina, citado por Eusebio de Cesárea, pues, al tomar partido por una versión u otra, de ello se sigue considerar la posición de Pirrón desde distintos ángulos, muchas veces contrapuestos. Tampoco me detengo en sus explicaciones previas al análisis del fragmento,¹⁶ pero, a falta de una versión española en su trabajo —pues ella cita directamente la fuente griega¹⁷ y justifica su decisión de que no haya una traducción unánime—,¹⁸ no obstante, refiere la versión inglesa propuesta por Brunschwig en su nota a pie de página número 32. Digo que, a falta de una versión española en su trabajo, quizá la autora no me tome a mal para esta modesta recensión, a fin de contextualizar el estado de la cuestión a cualquier lector imaginario, citar la versión de Ramón Román Alcalá, especialista en el escepticismo antiguo, quien en 2011 publicó un trabajo monográfico en las prensas de la Universidad de Córdoba con el título *Pirrón de Elis: un pingüino y un rinoceronte en el reino de las maravillas*, acompañado con poco más de 80 fragmentos doxográficos, entre los que se encuentra el aludido a Aristocles de Mesina, a través de la *Preparación evangélica* de Eusebio de Cesárea. La traducción de Román Alcalá dice así:

Es necesario primero de todo indagar sobre nuestro conocimiento, puesto que si por naturaleza no conocemos nada, de nada vale investigar sobre lo demás. Ha habido efectivamente, entre los antiguos algunos que afirmaron esa máxima, a quienes replicó Aristóteles.

Y Pirrón de Elis lo dijo con especial énfasis, pero no dejó nada escrito; sin embargo, su discípulo Timón dice que quien quiera ser feliz ha de estar atento a estas tres cosas: primero, al modo como son por naturaleza las cosas; segunda, qué actitud debemos adoptar ante ellas; y en fin cuáles serán las consecuencias a los que se comporten así. Él decía que [Pirrón] declaraba que las cosas eran igualmente indeterminadas, sin estabilidad e indiscernibles. Por esta razón, ni nuestras sensaciones ni opiniones son verdaderas o falsas. Por tanto, no debemos poner nuestra confianza en ellas, sino presentarnos ante ellas sin opiniones, sin prejuicios, de modo imposible, diciendo acerca de cada una, que no más es que no es o bien que es y no es [al mismo tiempo], o bien ni es ni no es. Quienes en verdad se encuentran en esta disposición, Timón dice que tendrán como resultado primero la afasia [*σι*] y después la ataraxía [*σι*].¹⁹

De su análisis, a manera de paráfrasis del fragmento griego, María Fernanda sostiene que: “Lo primero que Timón plantea necesario responder para alcanzar la ‘felicidad’ es ‘cómo son las cosas por naturaleza’ (...). Y la respuesta dada a esta pregunta, ciertamente más compleja, es que son ‘igualmente ἀδιάφορα (adiaphora), ἀσάθητα (astathmeta) y ἀνεπίκριτα (anepikrita)’”,²⁰ advirtiendo la necesidad de dejar en suspenso la

¹⁵ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 68.

¹⁶ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 68-71.

¹⁷ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 72.

¹⁸ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 73.

¹⁹ Román Alcalá, Ramón, *Pirrón de Elis: un pingüino y un rinoceronte en el reino de las maravillas* (Córdoba: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2011), 89-90.

²⁰ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 73.

traducción de los vocablos griegos. Inmediatamente refiere y objeta las interpretaciones de diversos comentaristas contemporáneos a semejante pasaje, hasta concluir que: “las preocupaciones práctico-morales de Pirrón suponen una ruptura con lo que aquí he llamado ‘intelectualismo’, es decir, la idea básica del ideal platónico según la que el ‘conocimiento’, entendido como ἐπιστήμη, equivale a la virtud”.²¹ Esta conclusión amerita, cuando menos, una acotación, pues no sólo pone en entredicho el pensamiento de Platón, sino toda la filosofía posplatónica que acabó ligando el conocimiento con la virtud, insinuándonos que la desdicha de los filósofos se explica a partir de errar el camino, pues, desde el punto de vista pirrónico, parece que la virtud no está al final del conocimiento, sino, paradójicamente, dándole la espalda al mismo; lo que equivale a decir darle la espalda a toda la filosofía tradicional. Vamos, una frase breve y sentenciosa que a Pirrón y sus seguidores, tanto antiguos como modernos, no podía menos que acarrearles mucho desprestigio, desatención y, por lo tanto, malentendidos.

Pero prosigamos con la argumentación de la autora, dispuesta a abordar las relaciones entre escepticismo y dogmatismo en el pensamiento de Pirrón, resultante de las diversas interpretaciones del pasaje de Aristocles de Mesina, pues, luego de sopesarlas, advierte: “a la pregunta ‘¿cómo son las πράγματα por naturaleza?’, Pirrón habría respondido: ‘Las πράγματα me aparecen en este momento como indiferentes, inestables e indeterminadas. Eso es lo que creo ahora, mas no afirmo que sean así por naturaleza’”.²² En seguida, señala que tal consideración resultaría de la *indiferencia* frente a las cosas, pues María Fernanda tiene a la *indiferencia* como la cualidad primaria del pensamiento de Pirrón de Élida frente a las averiguaciones metafísicas; incluso afirma que la εὐδαιμονία no puede menos que tenerla de presupuesto, pero no porque esté relacionada íntimamente con la φύσις, sino porque, para el escepticismo, simplemente funciona al provocar la ἀταραξία, que no se puede conseguir de ninguna otra manera.²³ Una tesis que, por otra parte, tampoco es fácil de sostener —lo cual no quiere decir que sea imposible de hacerlo—, pues la autora advierte un grave problema que, a pesar de su gran dimensión, muchos intérpretes a menudo pasan por alto: a saber, el tema de la dudosa determinación de las cosas o πράγματα. Frente a lo cual, me permito añadir que cualquier averiguación positiva, es decir, todas las ciencias, parten del presupuesto de que hay cosas, o dicho de otro modo, tienen fe en las cosas, las dan por presupuestas o determinadas, creen ciegamente que están ahí dispuestas para ser aprehendidas o estudiadas, esto es, conocidas; pues si se atrevieran, por un momento, a dudar de ellas, no habría ninguna ciencia que se sostuviera. He ahí la génesis del repudio a las aporías de Zenón de Elea y, por coletilla, la desatención de los planteamientos de cualquier manifestación escéptica que, no por serlo, son menos rigurosas que las tesis de sus detractores; y el riguroso y documentado trabajo de María Fernanda Toribio Gutiérrez es una prueba de ello.

En relación con lo anterior, no resulta extraño que los planteamientos de Sócrates, Diógenes de Sinope y Pirrón, ya desde la antigüedad, se tuvieran como los propios de una forma de vida (*invivable*, añade

²¹ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 83.

²² Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 96.

²³ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 98.

la autora en la página 126), porque sus comportamientos resultarían una especie de testimonios que sobrepasarían las palabras, una tesis de Pierre Hadot que la autora suscribe al parangonar la vida de Sócrates con la de Pirrón,²⁴ toda vez que éste, con su indiferencia, alcanzó la independencia absoluta, la libertad interior o impasibilidad, que bien puede considerarse como lo propio de un estado divino, surgido de la afirmación pirrónica de que las cosas “No (son) más esto que aquello”. Pues, por un lado, dicha frase conduce a la no-predicación y, por otro, hacia una pura manifestación lingüística,²⁵ cuyos efectos son parecidos a un purgante frente a los asuntos de valor, pues de lo no importante se pasa a lo indiferente respecto al conocimiento, pero no por juzgarlo imposible, sino innecesario, ya que la predicación de cualquier dogma desemboca en un mal moral generador de angustia. A tenor de lo cual, María Fernanda sostiene: “El hombre que habita un universo de creencias fijas y que desconoce el papel jugado por los usos y las convenciones en la construcción de la ‘virtud’, vive así sometido al delirio de las opiniones encontradas sin darse cuenta de que, paradójicamente, la serenidad acontece allí donde la búsqueda de la naturaleza definitiva del bien ha terminado”.²⁶ Así que la indiferencia pirrónica, más que un obstáculo para alcanzar la felicidad, sería su aliciente. Desde esta perspectiva, a la subversión de la ecuación *conocimiento igual a virtud*, mentada líneas arriba, el filósofo de Élide fracturaría al lenguaje, priorizándolo como una herramienta antipredicativa;²⁷ pero eso no significa que desprestigie la razón, lo cual sería también una interpretación bastante superficial del escepticismo pirrónico, sino que, en lugar de pensar λόγος y νοῦς como las facultades racionales prestas a construir el mundo de manera metafísica, para Pirrón de Élide sirven para precaver al hombre de sus aflicciones. En el mismo sentido, la autora concluye su segundo capítulo aseverando: “[La filosofía de Pirrón], abiertamente moral, se presenta entonces como un ejercicio crítico frente a las complejas relaciones entre conocimiento y valor y entre conocimiento del valor y acción humana. Ese es, en último momento, el bastión en que se resguarda la posibilidad del anhelado equilibrio”.²⁸

En su tercer capítulo, María Fernanda se enfrenta a las objeciones comunes que sus detractores lanzaron contra el escepticismo, a saber, que de la indiferencia se seguiría una suerte de inactividad o *apraxia*, aunada a la acusación de inconsecuencia e inmoralidad.²⁹ No obstante, prontamente desecha varias de esas objeciones, argumentando que tales interpretaciones se hicieron por extensión a Pirrón en tiempos tardíos; razón por la cual, mejor se detiene en analizar “los argumentos contra Pirrón y los pirrónicos: su incapacidad de *estar* vivos, la reticencia *in situ* a su filosofía de habitar el mundo”.³⁰ Y me parece que la autora hace bien citando el planteamiento del problema a partir de la síntesis de Correa Motta: “el dogmático acusa al escéptico de ser incapaz, en virtud de sus posturas y tesis, de llevar una vida feliz, de ser incapaz de llevar una vida

²⁴ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 124-126.

²⁵ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 130.

²⁶ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 130.

²⁷ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 131.

²⁸ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 132.

²⁹ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 134.

³⁰ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 138.

humana o, más radicalmente, de ser incapaz de llevar una vida a secas”.³¹ Al tiempo que soluciona las objeciones, arguye que la singular vida de Pirrón, retratada por sus discípulos, si de hecho resulta posible, es por mantenerse alejado de las disputas de los filósofos y sofistas que se muestran arrogantes debido a las opiniones vanas que sostienen; mientras que el oriundo de Élida, siendo ajeno a semejantes comportamientos, resulta imperturbable y falto de emociones.³² Y, por si no bastara la argumentación, la autora acude a demostraciones lógicas de su posicionamiento para, cerca ya de concluir, rastrear la congruencia del pensamiento de Pirrón con su manera de vivir y, a partir de las anécdotas, llega a caracterizarlo como autárquico y despreocupado, solitario y retirado,³³ o bien identificándolo con las actitudes de los pirrónicos tardíos: indiferente, apático e imperturbable,³⁴ además de ser ajeno a las costumbres y, por lo mismo, indiferente y desapegado.

Desde esa perspectiva, la vida del de Élida resulta divina en la medida en que está por encima de las convenciones sociales y filosóficas,³⁵ aunque esto merece una aclaración, porque incluso Pirrón acudía al mercado, ayudaba en las labores domésticas a su hermana Filista y bañaba cerdos, acciones que en nada alteraban su ánimo. Por eso, en palabras de María Fernanda: “La vida pues, que hasta ahora nos hemos representado, bien podría llevar el nombre de ‘ἀδιάφορος βίος’: la vida indiferente. Ésta, sin embargo, no camina sola y no camina a ningún sitio. Así como aparece siempre ligada a la apatía y al desprendimiento, se encuentra también la mayoría de las veces tendida, al modo de una flecha, hacia la serenidad”.³⁶ Justo en este momento, la autora nos recuerda el famoso relato del escéptico en la tormenta: “cuando los que se habían embarcado junto a él se amedrentaban ante una tempestad, él permaneció sereno y les levantó los ánimos, señalándoles un cerdito que estaba comiendo en el barco, y diciéndoles que con pareja imperturbabilidad debe comportarse el sabio”.³⁷ De donde María Fernanda concluye:

[Hay] que despojarse de la naturaleza humana, hay que enfrentarse a los “acontecimientos” primordialmente guiados por los actos y el sabio es aquel que se mantiene impassible, sean cuales sean las circunstancias exteriores. Hay, pues, una supervaloración del ejercicio frente al discurso y una identificación de la imperturbabilidad con la sabiduría. En un juego de transitividades, diríamos entonces que el personaje-Pirrón considera la sabiduría como un estadio vital en aspiración a lo divino, y que esto divino se pone de manifiesto en la explícita invariabilidad del sabio en la tormenta.³⁸

Podría seguir comentando el libro; sin embargo, una vez llegado al punto en que Pirrón recomienda mantenerse imperturbable en la tormenta a la manera de un lechoncito impassible, invito una vez más al lector a hurgar directamente en el texto de María Fernanda para que descubra cómo se consigue eso. La respuesta la encontrará entre las páginas 181-182, pero, para entenderlas, es preciso leer todas las anteriores. Así que

³¹ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 143.

³² Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 147.

³³ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 156.

³⁴ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 157.

³⁵ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 159.

³⁶ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 161.

³⁷ Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones*, 351.

³⁸ Toribio Gutiérrez, *Las palabras no escritas*, 161.

finalizo con esta advertencia: aunque María Fernanda no sea Pirrón de Élide, la verdad es que, en determinados momentos, la vida sí se parece a una tormenta y, a pesar de que la autora no nos muestre un cerdito imperturbable, en cierto modo y desde determinada perspectiva, su libro que hoy reseñamos bien puede cumplir el mismo cometido, en la medida en que sus últimas páginas las dedica a abordar el tema de una vida sin vanidad (Βίος ἄτυφος).

BIBLIOGRAFÍA

- Diógenes Laercio. *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*. Traducido por Luis-Andrés Bredlow. Zamora: Lucina, 2010.
- Toribio Gutiérrez, María Fernanda. *Las palabras no escritas. Pirrón de Élide*. México: Sb editorial / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022.
- Román Alcalá, Ramón. *Pirrón de Elis: un pingüino y un rinoceronte en el reino de las maravillas*. Córdoba: Servicio de publicaciones Universidad de Córdoba, 2011.